

“Te convertí en pañuelo blanco”. Sobre narraciones de “Historias desobedientes”¹

Laura Raso*

Universidad Nacional de San Luis

FECHA DE RECEPCIÓN: 28-09-2024 / FECHA DE ACEPTACIÓN: 30-11-2024

RESUMEN

Este trabajo aborda “narrativas” en el sentido en que las piensa Leonor Arfuch (2018). Nuestra propuesta intenta acercarse a esas narrativas que han reconfigurado las “herencias” de los discursos sobre memoria desde un lugar no esperado: el de ex-hijas e hijos de genocidas, palabra colectiva que comenzó a gestarse en 2017 en la escena pública. Atentos a los cambios cronotópicos (Bajtín 1989) que van modelizando diferentes géneros, voces y protagonistas desde la dictadura hasta hoy, buscamos los matices diferenciales que subrayan lo inédito en el campo de la memoria. Configuramos nuestro *corpus* con la novela-diario-testimonio *Llevaré tu nombre. La hija desobediente de un genocida* de Analía Kalinec (2021), los textos de *Escritos desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia* recopilados por el Colectivo Historias desobedientes (2018) así como el libro del Colectivo Historias Desobedientes Internacional titulado *Desobediencia de vida. Familiares de Genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia* (2022) y la novela *La resaca de la memoria* (2023), de Verónica Estay Estange.

PALABRAS CLAVE

Ex -hijas e hijos de genocidas; desobediencia; narraciones; cronotopos; matices

***“I turned you into a white handkerchief”.
About narratives of “Historias desobedientes”***

¹ El título de este trabajo remite al poema de Lorna Milena publicado en *Escritos desobedientes* que transcribimos aquí, en parte: “Odio, ahora sos pañuelo blanco / dedicado a mi padre, suboficial principal de la PNA, QNDEP / Por fin te gané, / ¿sabés por qué? / te convertí en pañuelo blanco, en pañuelo blanco de las Madres, [...] Y vos debés estar retorciéndote / en tu cajita de cenizas... / porque te convertí en un pañuelo de amor, / que busca justicia / [...] Por fin, a los 50 años te gané. / Te gané, porque vos estás muerto / y, ahora, bien muerto. / Fuiste mi padre / pero lo único que me diste fue odio, miedo, dolor / y, yo, lo hice pañuelo (Colectivo Historias Desobedientes 2018: 101-102).

ABSTRACT

This work addresses “narratives” in the sense in which Leonor Arfuch (2018) thinks of them. Our proposal attempts to approach those narratives that have reconfigured the “legacies” of discourses on memory from an unexpected place: that of ex-children of genocide, a collective voice that began to take shape in 2017 on the public scene. Attentive to the chronotopic changes (Bakhtin 1989) that are shaping different genres, voices and protagonists from the dictatorship to the present day, we look for the differential nuances that underline the unprecedented in the field of memory. We set up our corpus with the novel-diary-testimony *Llevaré su nombre. La hija desobediente de un genocida* (2021) by Analía Kalinec, *Escritos desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia* collected by the Colectivo Historias desobedientes (2018), the book by Colectivo Historias Desobedientes Internacional entitled *Desobediencia de vida. Familiares de Genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia* (2022) and the novel *La resaca de la memoria* (2023), by Verónica Estay Estange.

KEYWORDS

Ex-children of genocide; disobedience; narratives; chronotopes; nuances

Introducción

Este trabajo aborda “narrativas” en el sentido en que las piensa Leonor Arfuch, es decir: lo que alude “a todo lo que pueda *narrarse*, ya sea literatura, historia, crónica periodística, estados del mundo y del alma [...] [,] perspectiva que permite abordar las *narrativas* cualquiera sea su género o su especie y, sobre todo, aquellas atravesadas por la experiencia traumática de guerras, violencias, dictaduras” (2018: 57).² En 2017, año de producción de nuestro trabajo “Nuevas Antígonas: las parresiastas. Sobre ‘Historias desobedientes y con faltas de ortografía’”, las hijas desobedientes eran todavía un fenómeno reciente que despertaba adhesiones, curiosidad –pero también interpelaciones desafiantes– y aún no había producido más que publicaciones aisladas.

A partir de entonces, la aparición de esta nueva voz “inesperada” en los discursos sobre memoria y derechos humanos engendró profusos estudios y dio origen a diversos modos de *decir la rebeldía*. Después de la primera aparición pública de “Historias desobedientes: ex hijos e hijas de genocidas”³

² Este artículo, que intenta sumarse a los ya generados por el fenómeno de la militancia de familiares de genocidas que prueban/denuncian los crímenes de lesa humanidad cometidos por sus padres, tíos, abuelos (el masculino en este caso es significativo) tuvo un primer antecedente en una ponencia de nuestra autoría presentada en el XI Seminario Internacional *Políticas de la Memoria*, realizado en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti en 2017, publicada luego como “Nuevas Antígonas: las parresiastas. Sobre ‘Historias desobedientes y con faltas de ortografía’” en las Actas de dicho Congreso.

³ En 2017 por primera vez aparece como colectivo “Historias desobedientes. Hijas de genocidas” durante la marcha en repudio por la decisión de la Justicia conocida como “2x1” que liberaba a los genocidas al acortar sus cadenas perpetuas. Luego, el colectivo pasaría a llamarse “Ex Hijos e Hijas de genocidas”. Dada la repercusión de este colectivo en la escena

y los sucesivos libros del Colectivo, el carácter “autobiográfico”, “testimonial” de estas narrativas inclinó nuestros estudios hacia los modos de enunciación de esas historias para encontrar los matices diferenciales que subrayan lo inédito de un *collage* colectivo que marca aun los libros individuales. Es así como la lectura de los textos seleccionados y nueva bibliografía sobre memoria y subjetividad nos permitió relacionar los cambios cronotópicos⁴ con los nuevos modos de narrar a partir de 2017.

Como resultado de estas nuevas miradas, y prestando especial atención a los modos en que se leen desde el presente y a través de nuevos actores sociales estos matices en la narrativa de posdictadura, configuramos el *corpus* con la novela-diario-testimonio *Llevaré su nombre. La hija desobediente de un genocida* de Analía Kalinec (2021), los textos de *Escritos desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia* recopilados por el Colectivo Historias desobedientes (2018) así como el libro del Colectivo Historias Desobedientes Internacional titulado *Desobediencia de vida. Familiares de Genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia*⁵ (2022) y la novela *La resaca de la memoria* (2023) de Verónica Estay Estange.

1. “Los estábamos esperando”⁶

Desde que el Plan Cóndor orquestó y llevó a cabo los golpes militares y las dictaduras en el Cono Sur, la literatura y el arte en general –con diversas

pública, muchos familiares de genocidas de Chile, Paraguay, Uruguay, El Salvador, Brasil y hasta descendientes de genocidas del franquismo español han empezado a tomar la palabra para distanciarse de sus antepasados genocidas.

⁴ Mijail Bajtin entiende por cronotopo a la “conexión esencial de relaciones temporales y espaciales asimiladas artísticamente en la literatura” (1989: 237). En principio, toma este término de las ciencias matemáticas y la física (Einstein) para resignificarlo para la teoría de la literatura, como una metáfora. Esta metáfora expresa el carácter indisoluble del espacio y el tiempo (entendido este como cuarta dimensión del espacio): “En la literatura el cronotopo tiene una importancia esencial para los géneros. [...] el género y sus variantes se determinan precisamente por el cronotopo; además, el tiempo, en la literatura, constituye el principio básico del cronotopo. El cronotopo, como categoría de la forma y el contenido, determina también (en una medida considerable) la imagen del hombre en la literatura; esta imagen es siempre esencialmente cronotópica” (1989: 238). Bajtin elabora, así, la categoría del *cronotopo novelesco*, que sería el conjunto de procedimientos de representación de los fenómenos u objetos temporalizados y espacializados que, vinculados a la figura del héroe –cuyo centro valórico también es cronotópico– logran refractar un modo particularizado de interpretar el tiempo y el espacio reales. El principio rector del cronotopo artístico es el tiempo porque este guía toda perspectiva evolutiva, toda concepción de historia, que es la construcción humana por excelencia. En otro aspecto, con Pampa Arán (2010) entendemos que la literatura de dictadura y posdictadura ha ido modificándose a medida que ese pasado se torna más distante de las nuevas generaciones.

⁵ En adelante, *Desobediencia de vida*.

⁶ Este subtítulo recibe su nombre del capítulo “Compañeros” de *La resaca de la memoria* (2023), cuando la narradora relata su encuentro con Eduardo Jozami, ex detenido de la ex ESMA en el ahora Centro Cultural Haroldo Conti: “‘Los estábamos esperando’ dice Eduardo Jozami, el primero en hablar. Una espera que había durado años, lustros, décadas. El rompecabezas de la memoria estaba completo: solo faltaba esta pieza improbable” (191).

entonaciones y recursos— abordaron el tema desde diferentes modalidades narrativas y en diversos soportes. Bajo la forma de alegoría, alusiones mitológicas,⁷ etc., durante la dictadura, para evitar la censura y/o la persecución; en forma de testimonios a la llegada de la democracia⁸; y luego en narrativas que empezaron a dar voz a distintos “protagonistas” y “tópicos”, la escritura gestionó el trauma de diferentes maneras. En efecto, así como los/las primeros/as protagonistas de estas novelas, obras de teatro, cuentos y poesías fueron los supervivientes o las voces que hablaban por los que no volvieron, la literatura también dio lugar luego a las figuras de los colaboracionistas —como *El fin de la historia* (1996) y *Villa de Luis Guzmán* (1995), entre otros—, de HIJOS que reivindicaban a sus padres desaparecidos y su militancia, a los HIJOS que cuestionaban la militancia por su orfandad, pero repudiaban, sin matices, el terrorismo de Estado. También hubo otros hijos que pedían —y siguen haciéndolo— una supuesta “memoria completa” amparándose bajo la idea de la “guerra sucia” con la que los genocidas pretenden justificar sus crímenes.⁹

Como señala Elizabeth Jelin en *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social* (2017): “hablar de memorias significa hablar de un presente. En verdad, la memoria no es un pasado, sino la manera en que los sujetos construyen un sentido del pasado, un pasado que se actualiza en su enlace con el presente” (15) y es también

la subjetividad y la voz de las víctimas y de diversos actores sociales que, en escenarios cambiantes, hablan y silencian, recuerdan y olvidan, elaboran estrategias, reconocen huellas, dan sentido o actúan en el sinsentido del peso del pasado. También de nuevos actores que preguntan, indagan, resisten y proponen. (12)

Sobre estos nuevos actores queremos pensar.

Junto con los primeros “juicios por la verdad” promovidos en 2006 por el entonces presidente Néstor Kirchner, también aparecen las preguntas de miembros de la familia militar sobre las actividades de sus padres. Es así como, en 2008, Analía Kalinec comienza a investigar sobre el despiadado accionar del “Dr. K”, cuando su padre policía ya había sido detenido con

⁷ Cfr. “Lecturas de la historia y lecturas de la literatura en la narrativa argentina de la década del 80” de Andrés Avellaneda en *Memoria colectiva y políticas del olvido* (1997).

⁸ No se soslaya aquí que la generalización omite particularidades y escrituras originalísimas a partir de las nacientes democracias post-dictaduras y puede resultar reduccionista. Solo la empleamos para introducir los cambios generacionales que ha sufrido la literatura y que han ido gestando nuevas formas del decir y nuevos actores, tal como sucedió con la literatura de HIJOS.

⁹ La “Comisión de Homenaje Permanente a los Muertos por la Subversión” se moviliza por primera vez en mayo del 2006. Muchas de las organizaciones de “memoria completa”, tal como se definen, a partir de ese momento empezaron a afianzarse y a operar en la escena política. Habían surgido luego de la anulación por parte de la Corte Suprema de las leyes de impunidad, la bajada de cuadros de los dictadores Videla y Bignone del Colegio Militar, la cesión de la ESMA a los organismos de derechos humanos y, sobre todo, con la reapertura de los juicios de lesa humanidad.

prisión preventiva y era señalado por testigos y supervivientes como autor de muchos de los crímenes cometidos durante la dictadura cívico-militar eclesiástica y empresarial. Hasta ese momento, según lo cuenta en *Llevaré su nombre. La hija desobediente de un genocida* (2021),¹⁰ el pacto de silencio de los genocidas, más allá de sus rangos dentro de las FFAA, había moldeado la idea de que esos padres eran perseguidos políticos de un “gobierno de zurdos”:

Cada tanto [Eduardo Kalinec] conversaba con Von Wernich, quien estuvo ahí hasta que le dieron sentencia. Pobre cura, decía mi viejo, es una muy buena persona. ‘Este gobierno, estos zurdos... están inventando todo’.

Cabe recordar que el 9 de octubre de 2007, el ex capellán de policía Christian Federico Von Wernich fue condenado [...] a prisión perpetua por su participación en 7 homicidios, 42 secuestros y 31 casos de tortura. (2021: 107-108)

Mi vieja le había anticipado, de esto me enteré después, que yo estaba con ‘un ataque de zurdaje’. (2021: 129)

Analía Kalinec comienza así lo que después llamaría su camino hacia la verdad y el imperativo ético de interrogar a su padre para romper el silencio en cuanto al número de desaparecidos, los lugares donde fueron enterrados o arrojados, el número de bebés apropiados. Y nace, a partir de los años siguientes, el primer eslabón de un nuevo colectivo. En Facebook, entre agosto de 2016 y septiembre de 2017 –y que en 2018 publicaría en *Escritos desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*–¹¹, Analía Kalinec escribe textos que hablan del dilema ético de ser hija de un genocida, quererlo y, aun así, repudiar sus crímenes:

Mientras fui obediente lloré por el encierro de un padre acusado ‘injustamente por defender a la patria’, más tarde ‘condenado por cometer crímenes de lesa humanidad’. Hoy lloro ante la imagen de un padre capaz de hacer lo que hizo. Un padre sin la capacidad o la voluntad de desobedecer. (2021: 33-34)

La publicación de *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina* de Carolina Arenes y Astrid Pikielny reúne en 2016 a distintos hijos de desaparecidos, hijos de militares y, de forma anónima, se incluye la palabra de Analía Kalinec que repudia a su padre en una carta abierta que luego publicaría en *Llevaré su nombre*.

Hasta aquí los datos que pueden rastrearse en las innumerables entrevistas y ensayos que aparecen en todos los medios. Pero lo que nos interesa, especialmente, son las modalidades de la narración y a esto nos referiremos en las páginas siguientes.

¹⁰ A partir de ahora solo se mencionará como *Llevaré su nombre*.

¹¹ Desde aquí se mencionará como *Escritos desobedientes*.

2. “Si acaso es cierto que te debo la vida, es una deuda bastante engorrosa”¹²

Para Leonor Arfuch, “la investigación desde la narrativa requiere, ante todo, de una posición de escucha atenta: no sólo el *qué* sino también el *cómo* del decir, no sólo el de una historia sino los modos de su ‘contenido’”. Y agrega: “una escucha en el sentido fuerte que le damos, siguiendo a Derrida (1987), como *tensión, disposición hacia el otro*, que supone tanto la apertura afectiva, la detalles, como una fundada curiosidad analítica” (2018: 58). ¿Cómo se narra ese desgarramiento vital que es renunciar a la propia filiación? ¿Con qué matices? ¿Qué las diferencia de otras narrativas?

En el artículo “Nuevas Antígonas...”, ya habíamos recurrido al mito de las mujeres que “osaban” desafiar la ley del Padre para enterrar a esos muertos “otros” o para desenterrarlos de sus tumbas desconocidas y devolverles la identidad robada bajo los “NN”. Antígona, en este relevamiento “caprichoso” que hacemos, sería la primera desobediente de la literatura. Como señala Verónica Estay Stange:

En este sentido, Antígona fue más lúcida: se propuso firmemente transgredir las normas de la comunidad [...] para darle justa sepultura a su hermano Polínices. [...] Antígona entra en escena: contra viento y marea, apelando a una justicia simbólica que *rebasa las leyes de su clan*¹³ decide darle sepultura a su hermano. [...] En el punto álgido de sus debates internos, Antígona desobediente (ella sí, la primera) debía haberse planteado más o menos las mismas preguntas que estos compañeros en su modesto pero admirable combate: ¿qué resulta más o menos aberrante según las normas éticas de la *polis*: desobedecer a los imperativos de la filiación [la ley humana de su tío Creonte en el poder] o ser cómplices de un criminal? Sin olvidar, en el caso que nos ocupa, los mandatos inscriptos en la Biblia: ‘Honrarás a tu padre y a tu madre’”. (2023: 188-189)

“Rebasar las leyes de su clan” es un punto clave en la asunción ética de la nueva identidad de hijo o familiar de genocida: sobre la familia militar – sobre todas las familias quizás– pesa un mandato imprescriptible: no hablarás. El precio para Antígona fue la muerte, para Analía Kalinec, el pedido de su padre de declararla indigna para recibir la herencia de su

¹² El subtítulo se debe a un fragmento de la novela de Estay Stange ya mencionada *La resaca de la memoria*: “Supongamos que fue así. Gracias por lo que me toca –piensa ella sin decirlo–. Si acaso es cierto que te debo la vida, es una deuda bastante engorrosa” (2023: 153).

¹³ La cursiva es nuestra.

madre;¹⁴ para Mariana Dopazo, la suplencia del nombre;¹⁵ para la mayoría del colectivo, la renuncia a sus lazos filiales e incluso fraternales bajo el estigma de la traición. Ya inscripto en uno de los textos fundacionales de Occidente, el imperativo de “Honrar al padre” antecede al mandamiento de “No matarás”, es una deuda de por vida y transgeneracional: no se va contra la sangre, aunque esta haya derramado sangre.

En este afán de buscar una nueva filiación, Verónica Estay Stange busca en sus lecturas saberlo todo, poder tener ese Aleph improbable, resistiéndose a que toda la memoria esté llena de olvidos:

Un problema en particular comenzó a perturbarla, semejante al que se planteó Borges, saturado también de fragmentos, cuando intentó describir el Aleph: el hecho de que, al abordar cualquier tema, la perspectiva adoptada por el investigador o el escritor implica de modo inevitable la exclusión de otras perspectivas posibles, igualmente importantes y legítimas: contar algo desde el punto de vista de un personaje exige suspender o incluso anular el de los demás, ya sean protagonistas, antagonistas o figurantes. Es más, situar una palabra en lugar de otra en la cadena del discurso barre de un plumazo, y de forma bastante arbitraria, la amplia gama de posibilidades léxicas relegadas para siempre fuera del texto. (2023: 58)

De nuevo: ¿cómo narrar entonces? Si hablar condena a los desobedientes al exilio de sus propias familias, el colectivo los aúna. *Desobediencia de vida* y *Escritos desobedientes* se componen de las historias, los intentos literarios –¿y terapéuticos? – de los que empiezan a encontrarse “por los colores de sus nacimientos” para renegar de las “marcas de Caín” y asumirse en un nuevo yo. Para Arfuch, en estas narrativas de la “vida narrada”, “cobran relevancia los modos de la enunciación, los sujetos y sus interacciones, las tramas del discurso social, las ideologías, los pequeños relatos, la memoria, las identidades, los afectos, la relación entre lo personal y lo colectivo” (2018: 58).

Los recursos a los que apelan los desobedientes son múltiples: la escisión del yo, la dislocación gramatical, la narración en fragmentos, el diario íntimo, el *collage* de documentos que buscan sumar verosimilitud (como en el caso de Analía Kalinec en *Llevaré su nombre*), la creación

¹⁴ En *Llevaré su nombre*, Analía Kalinec relata así la acusación de indignidad que le presenta legalmente su padre con el fin de que no reciba la herencia de su madre: “22 de febrero de 2019. Justo me llega hoy [...] la notificación por cédula judicial de que me querés desheredar y declarar indigna. No soy, según tus criterios, una digna hija tuya. Tal vez en ese punto podemos ponernos de acuerdo: no me considero digna de un padre genocida” (2021: 257).

¹⁵ Mariana Dopazo cambió el apellido de su padre (Miguel Etchecolatz) por el de su madre en 2016. En una entrevista concedida a la Revista *Anfibia* en mayo de 2017, se consignan las razones de esa “suplencia” como ella misma la designa: “Permanentemente cuestionada y habiendo sufrido innumerables dificultades a causa de acarrear el apellido que solicito sea suprimido, resulta su historia repugnante a la suscripta, sinónimo de horror, vergüenza y dolor. No hay ni ha habido nada que nos una, y he decidido con esta solicitud ponerle punto final al gran peso que para mí significa arrastrar un apellido teñido de sangre y horror, ajeno a la constitución de mi persona” (Mannarino 2017).

colectiva. En este trabajo solo analizaremos el recurso de la escisión del yo (y la dislocación gramatical) en Estay Stange (2023) así como el imaginario diálogo con el padre genocida en Kalinec (2021).

3. Clivaje: la escisión del yo y el imposible diálogo

En casi todas las narrativas de ex –hijos e hijas de genocidas, asumir la nueva identidad implica un cierto despojamiento: la suplencia del nombre (como en Mariana Dopazo), la anonimía, la dispersión del propio nombre para ser parte de una creación colectiva, la sub-versión¹⁶ del apellido para dejar de ser hija de Dr. K y ser, definitivamente una nueva Kalinec.

Antes hablamos de *matices diferenciales* de estas narrativas. Pensamos el “matiz” en el sentido que lo delinea Roland Barthes: “El matiz es uno de los instrumentos lingüísticos de la no-arrogancia” (2004: 186). Para el semiólogo, el matiz es tanto una práctica escrita como una política de la escritura. Y también el deseo de una práctica social: “necesidad cívica de enseñar los matices” (Simón 2021: 7-11). Frente a los discursos que aún hoy siguen buscando erigirse como “memorias completas”, el matiz podría ser una forma de desbaratarlos. La literatura: esa gran maestra de los matices, de la no-arrogancia. Veamos, entonces, qué matices van sugiriendo estas narrativas.

Estay Stange habla de “clivaje” en el caso de los genocidas. Se pregunta cómo podían torturar, matar, desaparecer, limpiarse las manos y tocar luego a sus hijos. Como recuerda Analía Kalinec en *Llevaré su nombre*:

Me hace cosquillas mi papá. Me cuenta el cuento de Colita de Algodón, el conejo que no hace caso y se lastima. Hay que hacer caso, hay que obedecer. Soy su vizcachita, cuando llega voy gateando a colgarme de su pantalón, me levanta en brazos, me abraza, me da besos y se ríe de mis dientitos. Es bueno mi papá. No quiero que se enoje, hago caso. (2021: 14)

Ser uno y “otro”, *no ser siendo lo que se es*:

En la sala, su mujer le daba de comer a su hija. Al verlo, la niña le tendió los brazos, sonriendo. [...] Él dudó un momento. Intentó una vez más, no pensar en la escena: los gritos que seguían resonando en su cabeza, los rostros tumefactos por la tortura, los tres cuerpos tendidos, la sangre que mojaba la tierra. Y lo intentó con tanto esfuerzo que algo se escindió en él, muy adentro. De pronto, se sintió *otro*. (Estay Stange en Colectivo Historias Desobedientes Internacional 2022: 47)

En la novela de Verónica Estay Stange, ese clivaje también escinde al sujeto narrador –la víctima–: es un recurso marcado por la no concordancia del sujeto narrador con los verbos. Así como en el yo de Arthur Rimbaud (“je

¹⁶ He aquí una ironía de la historia: si la excusa para el genocidio fue la lucha contra la subversión, son los propios hijos que subvierten, al menos en la nominación, los mandatos de Dios, familia y propiedad.

est un autre”), ese yo disloca la gramática, destroza el lugar de enunciación en una alteridad insoportable que, alevosamente, utiliza la cursiva para acentuar aún más la sensación de alienación de la subjetividad:

Excavar, pues. Examinar de cerca a *yo-niña*. Buscar en su maleta, en su mochila, en sus bolsillos, lo que queda, lo que falta. [...] Yo conoció el exilio desde el interior, decía. Era su hija predilecta, la más devota. (2023: 21)

Yo se sabía de memoria esas canciones y muchas otras. (2023: 32)

Yo se esforzaba por encontrar similitudes. Pero, fuera de la sonrisa amplia, yo no logró identificar otras. (2023: 47)

Solo en una parte del relato el yo se reencuentra con los verbos en primera persona: cuando ella, hija de ex militantes chilenos comprometidos y exiliados, conoce en Chile a su prima Camila, hija del Fanta, sanguinario eslabón del régimen de Pinochet que lleva también su propio apellido como estigma que marca a toda la genealogía: la hija del traidor, el entregador de sus compañeros a la criminal maquinaria del terrorismo de estado. En ese momento en el que Verónica narradora y Camila se funden en un “Nosotras” que protege el lazo de sangre, el yo por fin se asume en primera persona y marca, provisoriamente, el fin de la escisión de la identidad. La narradora reconoce en su prima la misma desazón, el mismo horror, la misma ética. Durante todo el relato previo, la narradora se pregunta insistentemente si puede ser una verdadera desobediente si sus padres fueron víctimas y no victimarios, si ni siquiera conoció a ese tío *del que no se habla* y que cometió las atrocidades por las cuales su apellido es un estigma en todo Chile.

La pregunta no es exclusiva de la narradora –ella es y no es familiar de genocidas, tiene una identidad *anfibia*–: todos los ex hijos y familiares de genocidas se preguntan si tienen derecho a presentarse como víctimas de las dictaduras. Son parresias¹⁷ y, en cierto modo, parricidas, sí, pero no vivieron en clandestinidad, no son “princesas montoneras”,¹⁸ ni “pequeños combatientes”,¹⁹ ni vivieron exilios o terrores.

El clivaje, el lugar por donde se quiebra ese cristal de la familia perfecta se traduce en la negación declarada de ser los que fueron: hijos e hijas de...Son la aporía inscrita en el nombre del colectivo: Ex hijos e hijas y

¹⁷ En nuestro artículo ya mencionado, le asignábamos el rol de parresias a las ex hijas de genocidas: “el compromiso implicado en la parresía está vinculado a cierta situación social, a una diferencia de estatus entre el hablante y su auditorio, al hecho de que el parresias dice algo que es peligroso para él mismo, y que comporta, de este modo, un riesgo. [...] El hecho de que un hablante diga algo peligroso, diferente de lo que cree la mayoría, es una fuerte indicación de que es un parresias”. (Cfr. Foucault 2024: 38-41)

¹⁸ *Diario de una princesa montonera. 110% verdad* (2021) es una novela-diario de Mariana Eva Pérez, hija de desaparecidos que desacraliza, de algún modo, la militancia de sus padres, sin dejar de asumirse y asumirlos como víctimas del terrorismo de Estado.

¹⁹ *Pequeños combatientes* (2013) es una novela de Raquel Robles, fundadora de HIJOS, que narra la vida de los hijos de militantes en la clandestinidad.

familiares de genocidas. *Son y no son*, rechazo al principio de identidad, clivaje que hace del *“je est un autre”* una forma de plantarse en el mundo. Estay Stange termina su libro con las siguientes palabras:

Ahora, lector, que todo lo sabes –o casi todo–, ahora que yo ha dicho lo que tenía que decir, ha pasado la resaca y, con ella, el tiempo de sobrevivir. O de sobrevivir a la sobrevivencia de aquellos que nos preceden. Ahora, lector, tan fragmentados y múltiples como somos, es tiempo de vivir (2023:205).

Vivir a pesar de la fragmentación, fragmentar para narrar, no ser completo ni uno, he aquí el quiebre. En la narrativa de Analía Kalinec, los recursos son múltiples: el *collage* que inserta en el relato documentos oficiales de la Policía a la que pertenecía su padre, cartas de su padre, de amigas, de su madre, de sus hermanas, fragmentos de un diario íntimo, manifiestos del Colectivo Historias Desobedientes, etc. Nos interesa, en particular, el “imposible” diálogo con su padre, al que le responde cuando transcribe la notificación oficial de la acusación de indignidad de Analía y la demanda de exclusión del acervo hereditario de su madre, documento que también firman dos de sus hermanas, miembros de la Policía. Dado que no hay contacto con su padre, al que ya no visita y al que no ve desde 2015 cuando muere su madre, esta parte del texto es la conversación con una pared infranqueable porque no hay diálogo posible con quien no se arrepiente de sus crímenes y no la reconoce ya como hija:

II. HECHOS.

Nota: El relato de los hechos tendrá como protagonista a uno de los denunciantes, Eduardo Kalinec [no podría ser de otra manera... vos siempre sos el protagonista de todo] puesto que refiere situaciones personales así como la deshederación es un acto personalísimo pero el resto de las denunciantes adhieren a sus dichos y lo ratifican al final del escrito con sus firmas [Al principio me dio un poco de angustia, después me dio lástima por ellas... exponerlas a esto... pero entiendo que son grandes ya y que tienen que hacerse cargo de lo que hacen, de lo que piensan y de lo que sienten... y no me quedan dudas: acatan y se subordinan a todo lo que vos digas]. (2021: 259) [Cambio de tipografía en el original]

Todo marchó bien hasta que en el año 2005, a la sazón Comisario retirado de dicha policía fui detenido y permanecí hasta hoy –once años después– en prisión preventiva sin condena firme en una penitenciaría acusado genéricamente de delitos de “lesa humanidad”.

[Pa, en serio... no podés. No se te acusa “genéricamente” de delitos de lesa humanidad. Se te acusa y se te condena por ser coautor penalmente responsable de los siguientes delitos que concurren de manera real: privación ilegal de la libertad agravada por mediar violencia y amenazas reiteradas en 161 hechos [...], tormentos reiterados en 161 oportunidades; y homicidio agravado por su comisión con alevosía en 5 oportunidades. [...]

[...] Dale, pa!!! Estás mintiendo. Sí estuviste... si los cometiste, dale... hacete cargo (...)²⁰. (260-261) [Cambio de tipografía en el original]

Nos permitimos transcribir la larga cita para dar cuenta del procedimiento discursivo de la narradora. Por una parte, el oxímoron de ser “ex-hija” y, por el otro, la apelación casi cariñosa (“pa”) que la emparenta con el progenitor que la desconoce y la deshereda. “Nunca desobedecer” era la consigna, como en el cuento de “Colita de Algodón” que no hace caso y se lastima. El clivaje sería, aquí, *ser y no ser* la hija, como modo elegido de reconocer la filiación para mejor desobedecerla.

En los otros textos citados para el corpus, los recursos (esos matices diferenciales) son numerosos: la historia de vida, la poesía colectiva, los relatos ficcionales, fragmentos de otros textos. El relevamiento de esos recursos será motivo de otros trabajos que son parte de nuestra investigación.

(Provisorias) conclusiones

La maldición de Layo, trasladada a su hijo Edipo y luego a Antígona; la marca de Caín que mata a su propio hermano; el infinito y caprichoso Aleph que lo abarca todo, pero no puede más que ser relatado por fragmentos y aleatorias enumeraciones; la revisión constante del pasado desde el presente que *ya no puede no saber* y modifica para siempre lo vivido: todas esas herencias son las que reciben los hijos de genocidas.

A más de 48 años (49 años para Chile) de las dictaduras, las narrativas sobre la dictadura y posdictaduras han ido adquiriendo nuevos matices según el discurso social que habilitaba el surgimiento de otras voces y otros cuestionamientos. Para Pampa Arán (2010), esos cambios de cronotopos novelescos (Bajtín 1989) modalizan las narrativas que, distanciadas de los primeros testimonios de supervivientes, vuelven al espacio biográfico cuando las otras víctimas, los hijos y familiares de los victimarios, toman la palabra.

Así, las narraciones buscan indagar en los hiatos, los silencios de sus propias familias, aquello que le es negado y tergiversado bajo la noción de una única verdad: “Lucharon por su patria”. Esos vacíos de sus propias historias intentan ser llenados –a sabiendas de que nunca lograrán completar el Aleph– por formas diferenciales de la narración, con matices que huyen de la arrogancia de sus progenitores y familiares.

La figura del clivaje, como aquello que rompe la estructura y divide para siempre lo que se creía completo, toma la forma en *La resaca de la memoria* de Verónica Estay Stange de una dislocación del yo, la incongruencia gramatical que, a la manera de Rimbaud, pone en duda la unidad del sujeto y su conciencia. Otros recursos discursivos aparecen en los textos de *Desobediencia de vida* y *Escritos desobedientes*: la fragmentación, la anonimidad, el relato de vida detenido en un momento preciso, el diario

²⁰ El cambio de tipografía pertenece al libro *Llevaré su nombre*.

personal, los manifiestos, discursos escritos como nueva forma de identificarse ante la sociedad.

También entendemos como clivaje el diálogo en soledad de Analía Kalinec en *Llevaré su nombre* en el que la hija responde a su padre a partir de un documento legal que pide desheredarla y declararla indigna. *Es y no es* la hija la que contesta, oxímoron que hace trizas la idea del principio de identidad de Occidente.

Frente al horror de la propia sangre, la escritura. “Solo los justos heredarán la tierra” (Salmos 37: 29-31): a los desheredados, a los que reniegan de su propia filiación, solo les queda la Memoria, la Verdad y la Justicia. Una herencia más perdurable que la genética.

* **Laura Raso** es Licenciada en Letras y Magíster en Literatura Argentina Contemporánea. Se desempeña como Profesora Titular en la Cátedra de Francés, Profesora Adjunta en la cátedra de Literatura Argentina II y Profesora Adjunta en la cátedra Semiótica del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de San Juan. Como investigadora, desde 1998 ha integrado proyectos de investigación en el Instituto de Literatura de la misma Universidad. Actualmente integra el Programa de Estudios Semióticos. Ha participado con artículos en varios libros como *Crónicas argentinas: la década del '90: literatura y medios* (2007), *El Espacio Textual (Entre literatura, psicoanálisis y filosofía)* (2008), *Tópicos de seminario. Estudios de la significación* (2010), *Variaciones Orfeo: El mito en la filosofía, la literatura, el teatro y la música* (2013), *Coreografías de lo neutro: escritos sobre literatura argentina* (2015), *Análisis de la dramaturgia argentina actual* (2015), *Entre matices. Notas sobre literatura argentina y latinoamericana contemporáneas* (2021), entre otros. Como co-autora participó en *El vocabulario de Roland Barthes* (2012) y es autora de *Sin coartadas. Ética de la escritura de Liliana Heker durante el menemato* (2017). Participa ininterrumpidamente de eventos académicos.

Bibliografía

- Arán, Pampa (2010). *Interpelaciones: hacia una teoría crítica de las escrituras sobre la dictadura y la memoria*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.
- Arenes, Carolina y Pikiyelny, Astrid (2016). *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Arfuch, Leonor (2018). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Villa María: Edivim.
- Avellaneda, Andrés (1997). “Lecturas de la historia y lecturas de la literatura en la narrativa argentina de la década del 80”. En A. J. Bergero y F. Reati (Comps.). *Memoria colectiva y políticas de olvido: Argentina y Uruguay, 1970-1990*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Bajtín, Mijaíl (1989). “Las formas del tiempo y del cronotopo en la novela. Ensayos sobre Poética Histórica”. En *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.

- Barthes, Roland (2004). *Lo Neutro*. (Notas de Cursos y Seminarios en el Collège de France, 1977-1978). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Colectivo Historias Desobedientes (2018). *Escritos desobedientes. Historias de hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*. Buenos Aires: Marea.
- Colectivo Historias Desobedientes Internacional (2022). *Desobediencia de vida. Familiares de Genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia*. Buenos Aires: Chirimbote.
- Estay Stange, Verónica (2023). *La resaca de la memoria*. Santiago: LOM Ediciones
- Foucault, Michel (2004). *Discurso y verdad en la Antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.
- Jelin, Elizabeth (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kalinec, Analía (2021). *Llevaré su nombre. La hija desobediente de un genocida*. Buenos Aires: Marea.
- Mannarino, Juan Manuel (2017). “Marché contra mi padre genocida”. *Anfibia* (12 de mayo). Disponible en: <https://www.revistaanfibia.com/marche-contra-mi-padre-genocida/>
- Raso, Laura (2018). “Nuevas Antígonas: las parresiastas. Sobre ‘Historias desobedientes y con faltas de ortografía’”. En *Actas del X Seminario Políticas de la Memoria. Arte, memoria y política*, CABA. Disponible en: http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2018/03/seminario/mesa_26/raso_mesa_26.pdf
- Simón, Gabriela (2021). “Literatura y Semiótica, espacios de matices”. En Gabriela Simón (coord.), *Entre matices. Notas sobre literatura argentina y latinoamericana contemporáneas*. San Juan: Editorial UNSJ. 7-17.



Esta obra se encuentra bajo licencia de Creative Commons